



El Río Magdalena, matriz del progreso de la ciudad

Por Alfredo de La Espriella

El patrimonio más grande y sagrado de todos los colombianos es el Río Magdalena. Y tiene en Barranquilla, la sede de su imponderable desafío económico; cuna, justamente, de su prosperidad y desarrollo.

Pues, fue aquí, cuando el Libertador en su primera visita realizada a este primitivo burgo de las Barrancas, en aquella memorable reunión que tuviera con patriotas y figuras proceras de la gesta republicana, donde concertara en 1823 el contrato con el señor Juan Bernardo Elbers dándole a este viejo amigo suyo que tanto colaborara en las campañas por la libertad, el privilegio de explotar la navegación a vapor por el río.

Proyecto que Simón Bolívar avaló y consideró digno de apoyar, no sólo por lo que su visión de estadista avizoraba en el porvenir económico del país que empezaba a construir, sino por la confianza que le merecía el promotor de esta empresa fluvial a vapor hasta entonces totalmente desconocida en América del Sur. Y, que, el joven empresario tudesco ofrecía con indiscutibles ventajas para los fines político-económicos que el Presidente deseaba poner en práctica, en la nueva nación que acababa de libertar y ahora trataba de construir.

Pocos años atrás el ingeniero Robert Fulton inventor del sistema a vapor para la navegación fluvial había iniciado por el Río Hudson su gran empresa con éxito. Y estos mismos resultados esperaban alcanzar Elbers y Bolívar para la Nueva Granada.



Barranquilla fue, pues, gracias a estos dos visionarios la cuna de la navegación fluvial a vapor por el Río Magdalena. Y, nuestro cauce más tarde, exaltado por el Presidente Marco Fidel Suárez como el Río de la Patria, abriendo a partir de entonces, ruta próspera al desarrollo mercantil del país, por lo que, de suyo, fue y sigue siendo patrimonio de todos los colombianos.

Fue descubierta la desembocadura por don Rodrigo de Bastidas un 10. de abril de 1501. Por aquellos tiempos de los Conquistadores fueron ellos conociendo a lo largo de sus viajes azarosos los nombres que los indígenas le daban a su destino: Arli Yuma, Caripuaña, Huaca-Hayo o río de las tumbas.

Río Grande de La Magdalena lo llamó en sus crónicas el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada. Y fueron don Rodrigo Liaño y Gerónimo de Melo los primeros que se aventuraron a cruzar la barra de las Bocas de Ceniza recibiendo honores correspondientes a su temeraria hazaña por la Reina Juana de España.

Gerónimo de Melo permaneció muchos años en Malambo. Y fue, un poco, la brújula de estas aguas orientando los destinos que el Magdalena señalaba a sus tributos.

Otrosí, igual hito de imponderables méritos, el surgimiento del ferrocarril que establecieron los empresarios alemanes Martín Wessel y Julius Hoenisgerh en 1871 dándole al proceso mercantil del puerto marítimo de Sabanilla más impulso, abriéndole nuevas perspectivas al desarrollo económico del país. Construyendo entonces en 1876 la Estación llamada "Montoya" en pleno "Barrio de Abajo del Río", donde en su propio vecindario se estableciera la Aduana recién trasladada de Salgar a Barranquilla.

Muchos años después, en 1921, el Presidente Marco Fidel Suárez vendría a la ciudad a hacer entrega personal del imponente edificio para dicha Aduana Nacional, hoy, remodelada y convertida en complejo cultural digno



de todo encomio. Y, en una plaza asimismo patrimonial, pues, allí, puédesse decir sin ambages, se concentró todo el movimiento comercial de la urbe desde fines del siglo pasado y bien entrado el actual. Lonja de trabajo, dinámico centro de operaciones de toda índole económica que tanto favoreciera el comercio de la urbe que tuvo en este lugar el epicentro de sus grandes empresas y utilidades.

Si bien por el puerto de mar la ciudad se vió siempre favorecida y el país igualmente beneficiado por la permanente llegada de vapores de todas partes del mundo, el Muelle de Puerto Colombia sirvió de puente de acero asimismo a este proceso inmigratorio que tantas ventajas trajo al país; el río no fue menos generoso y constante, pues, también por esta corriente fluyeron gentes de otras partes que empezaron a emigrar a esta ciudad que ofrecía extraordinarias ventajas, cada día superando el incremento de sus importaciones y exportaciones, cuanto atrajo a capitalistas de las Sabanas de Bolívar, del Valle del Magdalena, de Las Vegas antioqueñas y santandereanas y de muchos puertos intermedios que se vieron favorecidos con este flujo mercantil que tanta vida diera a los pueblos de sus riberas.

Barranquilla existía y debía su prestigio, fama y prosperidad como puerto marítimo y fluvial, el primero en Colombia, a su río y a su mar. Dos fuentes de agua que generaban fecundidad al burgo aquel de las viejas "Barrancas de San Nicolás", que ya, a mediados del siglo, se daba el lujo de tener un movimiento portuario excepcional, trabajo para todo mundo y un criterio bien estructurado de la cultura económica de su tiempo. Pues, al frente de sus destinos estaban, en su grande mayoría, miembros de las colonias alemanas, judías, inglesas y norteamericanas, en particular; cuales, contaban obviamente, con la colaboración absecuente de los barranquilleros y los costeños todos que supieron ser consecuentes con sus propios privilegios y oportunidades.

En 1919, la protocolización de la empresa aérea "Scadta" marcaría otro hito imponderable donde serían protagonistas alemanes, judíos y barranquilleros natos - Ernesto Cortissoz, precursor y líder de esta



Compañía - aviadores y técnicos germanos que consagraron sus vidas al servicio de esta extraordinaria epopeya. Cual, tuvo también al Río Magdalena como protagonista pues, fue en sus propias aguas, en su caudalosa corriente, a orillas del sitio llamado "Veranillo" donde acuatizaban los hidroaviones "Junkers". Como así también decolaban en todos los puertos del río donde fueron aclimatando motores, abriendo rutas a una nueva dimensión comercial que el país centralista no había sospechado. Mucho menos Bogotá donde todavía las brumas de la Sabana no permitían ver el horizonte del futuro que le esperaba a Colombia a través de esta formidable empresa titánica. Tan lejos estaban del río, del mar y de las alas. Y sus gentes tan rígidamente acondicionados a sus tradiciones coloniales, a sus "Grutas simbólicas", cafés y tertulíaderos de intelectuales cuya pasión por las letras y las Artes y las especulaciones metafísicas le habían merecido el epígrafe de la "Atenas Suramericana".

Fue, pues, el río, el bien llamado caudal de la patria el que favorecía al país con su propia corriente trazándole a Colombia la parábola vital de su desarrollo.

Inexplicable, desde todo punto de vista, la falta de conciencia de la generación que entró después a dirigir los destinos del país, perdiendo de vista el río, marginando con glacial indiferencia su prosperidad y riqueza; arrinconando su historia republicana; olvidando sus blasones heróicos; extrañando sus ventajas, para darle, ahí sí vale la expresión, la espalda definitivamente. Le corresponde a las nuevas promociones, a los líderes que reciben este legado ancestral recuperar el tiempo perdido y hacer que en el siglo XXI el Río Magdalena vuelva a ser lo que no ha debido dejar perder por la falta de talento político, conciencia y vocación patriótica.

Como se sabe, Barranquilla, no se ufana de tener pergaminos, documentos ni cédulas reales que acrediten que, en tal sitio fuera fundado el burgo por cualquier soldado aventurero español. La tradición más antigua se



remonta, románticamente, a una fábula pintoresca que se ha aceptado como una leyenda típica de la cultura lugareña. Lo que sí podemos afirmar es que, fueron las aguas lustrales del Magdalena las que se derramaron en nuestras vegas bautizando así la comarca primitiva, dándole partida sagrada de nacimiento a la ciudad por la bendita corriente de nuestro río.

A partir de entonces, el caserío, la villa de Barlovento y finalmente la Capital de Departamento del Atlántico fecundaron y brindaron a propios y foráneos el privilegio de una tierra cálida, cuyas raíces dieron fruto honesto y grávido. Donde compartieran también su epopeya jóvenes y experimentados capitanes, todos ellos consagrados "Almirantes" con rango fluvial y mecenas de sus conquistas.

Finalmente, justifica honrar los nombres de dos ilustres personajes colombianos que fueron decisivos para la prosperidad del río después del Libertador. Los Presidentes Tomás Cipriano de Mosquera y Rafael Reyes. A quienes, de paso, la ingratitud nacional ha sido mezquina en reconocerles todo el empeño que pusieron en sus respectivos gobiernos porque el Río Magdalena fuera el patrimonio más grande de todos los colombianos; y tuviera a Barranquilla, además, como cuna y sede privilegiada de su prosperidad y riqueza.